

había ensalzado al primero á costa del segundo, á quien acusaba de haber escrito sin método y vivido sin moral, diciendo que sus escritos estaban á cada paso en abierta contradicción con la religion cristiana. Todo esto lo rebatió Besarion en su obra indicada, no con invectivas ni rebajando ni mucho menos rechazando completamente á Aristóteles, al cual desde luego coloca en el primer puesto en materia de física é historia natural, sino con razones científicas, basándose ante todo en el principio fundamental de que para emitir un juicio es indispensable estudiar los autores en el idioma en que escribieron sus obras, y aun así en los mismos originales ó copias mas exactas y no en traducciones oscuras ó en comentarios. En esta defensa Besarion, como científico y erudito, elogia la exposicion metódica de su defendido; como ético, su rigurosa moral, y como alto dignatario de la Iglesia, demuestra que no tiene fundamento ninguno la asercion de su adversario de que los escritos de Platon eran contrarios á la doctrina cristiana. Prescindiendo de las teorías del gran filósofo gentílico respecto de la preexistencia del alma, del politeísmo, de la vida en el cielo y en los astros y de otros extremos condenados por la Iglesia y que Besarion confiesa no aprobar, demuestra que Platon tenia ya el presentimiento de la doctrina cristiana, y le presenta como un puente entre el gentilismo y el cristianismo, en prueba de lo cual cita el entusiasmo que profesaron á Platon muchos varones santos, como San Basilio, San Gregorio, San Cirilo y San Agustín; entusiasmo nada casual, dice, sino efecto de la conexión que existia entre estos y aquel. Esta conexión prueba que Platon creía en Dios, que ha creado el mundo de la nada, ensalzaba á Dios y estaba convencido de la inmortalidad del alma. Es pues imposible, por lo menos no lo cree Besarion, que Platon creyera en la influencia de los astros sobre el destino de los hombres.

Podrán ser discutibles las ideas que campean en la obra de Besarion, pero no cabe duda que con ella hizo salir vencedor y glorificado á Platon de todos los ataques de sus adversarios, sirviendo en adelante la misma obra de arsenal permanente donde se encontraban siempre cuando convenia las armas necesarias para rebatir y pulverizar las razones de los nuevos adversarios del gran filósofo griego. Para servirnos de una hermosa frase de Marsilio Ficino, diremos que de la discusion laboriosa salió «el tesoro sagrado de nuestro Platon purificado como el oro del crisol.»

La glorificación de Platon hace acreedor á Besarion á figurar entre los primeros y mas valiosos fomentadores de la vida intelectual en Italia. Otro mérito no tan grande, pero de igual trascendencia, adquirió con la creacion de una biblioteca que no tenia rival en Italia, tanto por el número de las obras manuscritas como por el valor inapreciable de las materias y del modo de tratarlas. Finalmente, débese á él la creacion de la célebre academia de Florencia.

Puede formarse una idea del mérito de la biblioteca sabiendo que costó á Besarion 30,000 ducados y viendo la lista de los copistas y escribientes de todas las naciones que empleó, y de los viajeros que envió por su cuenta y á sus expensas á todos los países para recorrerlos recogiendo tesoros literarios y científicos. Consta esta biblioteca de nuevecientos manuscritos, á los cuales se agregaron mas adelante 300 obras impresas, las primeras que se imprimieron en Italia; y para hacer á todos los amantes de las ciencias y de las letras partícipes de los tesoros que con tanto trabajo y gasto había reunido y que eran para él como para sus amigos un manantial inagotable de instruccion y recreo, decidióse con una generosidad nunca bien alabada, sin rival entre eruditos é inconcebible tratándose de bibliófilos, á ceder, en 31 de mayo de 1468 y en vida suya, esta coleccion preciosísima en

calidad de donativo á la ciudad de Venecia, de la cual se creia deudor por varios favores.

A esta biblioteca debió Venecia sus glorias literarias posteriores, porque además de ofrecer á muchísimas personas el medio de instruirse, cosa que por falta de medios jamás habrían podido lograr, atrajo á la ciudad talentos de otras comarcas, por ejemplo, Aldo Manuzio.

Si fué grande la influencia de la biblioteca, no lo fué menos la de la academia que Besarion fundó en Roma. No era esta academia una corporacion exclusiva, que se compusiera de un número fijo y determinado de miembros ya nombrados y elegidos, con ciertas obligaciones y derechos, sino una reunion ó sociedad libre de cuantas personas se sentian llamadas á dedicarse al cultivo de las ciencias y querian formar parte de aquella reunion. Fundada en Roma cuando ocupaba la silla de San Pedro un papa enemigo de la instruccion científica, era natural que esta academia fuese el terreno neutral donde todas las opiniones tuvieran derecho de manifestarse. No era, pues, ni reunion exclusiva de adversarios del papa reinante, ni se componia solo de eruditos romanos; por esto admitia igualmente á prelados que ambicionaban la tiara como á toda persona romana, italiana ó extranjera que deseara ilustrarse y perfeccionarse en el idioma griego. Quizás no exista otro ejemplo de una sociedad literaria y científica donde hubiese reinado un tono tan franco, sin categorías ni distinciones, juntamente con un ardor y una laboriosidad tan admirables como completamente libérrimas, un entusiasmo por el ramo elegido, sin pensar ni remotamente en retribucion ni beneficio material alguno, como esta academia, cuyos miembros se complacian en llamarse y en oirse llamar lo que eran, á saber, ciudadanos de la república de las ciencias. Cuando ensalzaban el mérito de su jefe ó de un compañero, estaban igualmente distantes de vanidad y petulancia como de adulacion; y únicamente rebotaba en sus palabras la conviccion de que estas alabanzas eran el justo tributo pagado al espíritu que animaba á todos. Las alabanzas que se distribuian entre sí eran solamente una glorificación de Platon, su inmortal maestro.

Tambien en Florencia, donde Besarion había empezado su propaganda, tan benéfica para toda la Italia, estaba muy en auge el culto de Platon, implantado por los innumerables griegos que allí acudieron, los cuales consiguieron destronar á Aristóteles, poco menos que divinizado antes por sus admiradores. Consecuencia de todo esto fué la fundacion de la *Academia platónica* de Florencia. No se sabe el año en que se fundó ni se conocen exactamente todos los nombres de sus primeros miembros, atendido el carácter particular é independiente del gobierno de esta asociacion, como sucede tambien con la fundada por Besarion en Roma, que tenia la misma tendencia. Ambas eran contemporáneas, y si esta última se honraba de contar entre sus miembros las notabilidades de Roma, la primera contaba entre los suyos los ciudadanos mas distinguidos de Florencia.

Todos los años, el 7 de noviembre, dia del nacimiento y de la muerte del maestro Platon, reuníanse por lo regular nueve adeptos, que preferian limitarse á este número por ser el de las musas, en un palacio de la ciudad ó bien en los jardines de la quinta Careggi, perteneciente á la familia Médicis, donde se recreaban en la lectura del «Banquete» de Platon y en las conversaciones y discreteos á que esta lectura daba lugar. En otras ocasiones eran las reuniones mas numerosas y duraban mas tiempo, y el gran torneo de elocuencia del año 1468 no fué, ciertamente, un caso excepcional. En este torneo, en que fué Leon Bautista Alberti el orador principal, dedicó la reunion el primer dia á pláticas sobre la vida contemplativa y activa; el segundo á discursos

sobre el *sumo bien*, y el tercero y cuarto á recorrer la Eneida de Virgilio para probar que esta obra contiene todas las ideas platónicas. El citado orador principal de esta reunion magna, conocia y comprendia todo cuanto se puso á discusion sin haber hecho de la filosofía su carrera; ni eran siempre científicos de profesion los demás miembros, pero todos eran cuando menos aficionados eminentes y muy á la altura de las discusiones, como los Médicis, que prestaban sus jardines á la reunion, creyéndose muy honrados con esto y con tomar parte en las cuestiones, como Reinaldo Naldi, Alamanno Rinuccini y Juan Cavalcanti. Naldi fué el biógrafo de Gianozzo Manetti, y describió su vida en todas sus relaciones con la política y las ciencias con mucha lucidez, complaciéndose al mismo tiempo en ensalzar la instruccion y el estudio, como hizo en su carta sobre la famosa biblioteca del rey Matías Corvino de Hungría. Alamanno Rinuccini, que vivió desde 1426 hasta 1504, era grecista; y para poner al alcance de los legos sus autores favoritos, tradujo al latin las *Vidas* de Plutarco, y la obra generalizadísima, bien que escrita en griego, en la cual Filostrato describió la vida y doctrina del célebre filósofo Apolonio de Tiane. Finalmente, Cavalcanti era historiador, y no obstante su educacion é instruccion clásica, escribió en idioma italiano, es decir, en el idioma vulgar, su historia de Florencia desde el año 1420 hasta 1454, obra que á pesar de existir durante mucho tiempo solo en copias manuscritas, fué consultada por autores muy posteriores, entre otros Maquiavelo. Aunque Cavalcanti era adversario del gobierno y soberanía de los Médicis, ensalza al príncipe Cosme de esta familia. Conociendo perfectamente la marcha y el espíritu de la era moderna, emplea el estilo retórico descriptivo antiguo, con períodos y discursos largos y no pocas veces ampulosos. Amigo declarado y franco de la libertad, es, sin embargo, adversario irreconciliable de «la muchedumbre bestial» que perjudica y pierde la libertad bajo el pretexto de protegerla y elevarla. Por último se muestra orgulloso de su nobleza, á pesar de ser tan pobre que no pudiendo pagar la contribucion que le correspondia, fué reducido á prision. Por la lectura de su obra histórica nadie sospecharia que el autor fué un pensador filosófico; pero en las visiones políticas con que salpica sus narraciones de cuando en cuando, se reconoce en él al aprovechado é ingenioso discípulo de Marsilio Ficino, que lo mismo que Cristóbal Landino, fué filósofo y partidario declarado y constante de Platon.

Marsilio Ficino se expresa sobre su relacion con los Médicis y su afición á Platon en estos términos: «Muchas personas hay que apenas conocen á su padre; yo tuve y tengo dos padres, el corporal, al cual debo mi existencia, y Cosme de Médicis, al cual debo mi renacimiento. Aquel me quiso dedicar á Galeno, y este me consagró al divino Platon.» El padre de Marsilio Ficino era médico de Cosme de Médicis, y este admitió al simpático adolescente en su compañía diciendo á su padre al quitárselo: «A tí me dió el cielo para curarme el cuerpo, pero á tu hijo concedió el don de curar el alma.»

Marsilio había nacido en Figline y vivió con el príncipe Cosme doce años, hasta su muerte, despues con su sucesor Lorenzo, durante todo su reinado, y sobrevivió todavía algunos años á la caída de la casa de los Médicis, pues que murió á principios de 1499, en Florencia. En compañía de Cosme estudió el griego con mucho entusiasmo y notable fruto. En 1473 fué ordenado sacerdote, y cumplió como tal sus deberes con celo y afición, adquiriendo grandísima fama como orador sagrado; pero esta fe sincera y los deberes de su estado estaban muchas veces en pugna con las tendencias gentílicas que en él despertó el estudio de los autores griegos, y á

veces tuvo grandes luchas interiores entre las dos influencias encontradas, tanto que en un arranque entregó á las llamas un *Comentario de Lucrecio* que había escrito, diciendo: «Es peor propagar opiniones erróneas que esparcir veneno.» Era persona endeble, enfermiza, de poca estatura y pobre, segun su propio testimonio; padecía siempre escaseces, no obstante tener buenas prebendas y á pesar de la munificencia de sus protectores, porque se dejaba robar por sus criados y despojar por sus insaciables parientes. Trabajador incansable solo interrumpia sus estudios con los únicos recreos que conocia, la música, la vida campestre y el trato con sus amigos. Para estos vivia exclusivamente y jamás se mezclaba en cuestiones mundanas sino para servir á algun amigo, como cuando escribió una epístola abierta al papa Sixto IV, en 1478, para suplicarle que desistiera de su rigor para con Lorenzo de Médicis, á quien había excomulgado.

Ficino era filósofo para quien la filosofía era una ciencia preciosísima y elevadísima. El filósofo, segun él, debía ser dechado de virtudes y hombre de intenciones é ideas puras; debía huir de toda mentira, despreciar las cosas mundanas; ser magnánimo, sereno, sobrio, justo, y estar exento de la vanidad que busca fama. Véase en qué términos entusiasmado ensalzó la filosofía: «Oh tú, filosofía, tú eres la constructora de las ciudades; tú has reunido los hombres que vivian dispersos, primeramente haciéndoles construir moradas, luego inventando el matrimonio y despues valiéndote del lazo del idioma comun y de las ciencias; tú has inventado las leyes; tú eres la creadora de las costumbres y del orden moral.» Reunió sus ideas filosóficas en dos obras: *De la religion cristiana*, en 38 capítulos, y *Teología platónica de la inmortalidad de las almas*, en 18 libros (*Theologia platónica de immortalitate animarum*). Para precisar bien su opinion y el punto en que quiere ser colocado, dice Marsilio Ficino en una de las obras citadas: «En todo cuanto aquí y en otras partes he tratado y expuesto, solo me he propuesto probar lo que la Iglesia autoriza; es decir, que ante todo soy teólogo y despues discípulo y adepto de Platon.» En efecto, no solamente lo era de palabra sino por conviccion, y por eso reconoce y proclama la religion cristiana como única verdadera; cree los milagros que Gemisto Pleton trata de invenciones de los sofistas (los cristianos) y hasta dice que los filósofos tienen el deber de demostrar la verdad de estos milagros, en el hecho de que la religion cristiana no puede sucumbir aun cuando sus representantes administren mal la Iglesia y la persigan cruelmente sus enemigos.» No le basta, sin embargo, decir estas cosas sino que cree de su deber como filósofo defender su opinion hasta contra aquellos á quienes no considera como adversarios, sino como extraviados, que son: 1.º, los que niegan la existencia de Dios; 2.º, los que atacan la divina Providencia; 3.º, los que propagan la idea de que se puede aplacar la ira de Dios con presentes y sacrificios, y 4.º, los que rinden culto á seres divinos pero inferiores á Dios cuya gloria trasladan así á aquellos.

Ficino era, pues, cristiano y platónico, cristiano por fe y conviccion, sin que ni en una ni en otra influyera para nada su amor á Platon, en cuyos escritos no trató nunca de encontrar huellas de los dogmas cristianos, pues expresamente declara no haber encontrado en ningun pasaje de Platon el misterio cristiano de la Trinidad. En esto se mostró muy diferente de muchos neo-platónicos posteriores, que hicieron una extraña amalgama de su doctrina filosófica y de su fe religiosa.

Este celo á favor del cristianismo y de la ciencia seria y formal, le hizo adversario declarado de la pseudo-ciencia astrológica, de cuyos adeptos dice jugando del vocablo: «Tanto como los astrónomos miden, mienten los astrólogos.» (*Quan-*

tum astronomi metiuntur, tantum astrologi mentiuntur.) En otra parte impugna en términos apasionados los juicios de los astrólogos; se burla de ellos y analiza una por una sus operaciones para llegar a formular el juicio. A pesar de este celo, era débil de espíritu como de cuerpo; hacia mucho caso de ensueños; sacaba por impulso propio el horóscopo de sus amigos, creía en apariciones, como consecuencia de la divinidad permanente del alma, que se manifiesta influyendo en el destino de los hombres, y pronosticaba el porvenir de sus conocidos, no como quien quiere contentarles prometiéndoles felicidades, sino como un iniciado en los secretos del destino que les anuncia el porvenir por gracia superior. Hasta en la carta que dirigió al papa en nombre de la cristiandad y en favor de Lorenzo de Médicis, de que hablamos antes, profetizó también que en los dos primeros años inmediatos habría grandes calamidades, peste, guerra, hambre, la muerte de muchos príncipes, una nueva herejía y un nuevo profeta; que durante este tiempo la barca de San Pedro sería juguete de las olas y que los bárbaros devastarían la Italia. Nada de esto se verificó, mas para Ficino fué causa de gran disgusto, porque como en el fondo era una especie de amenaza ó amonestación dirigida a la Iglesia y como había excitado ya antes el disgusto del papa con otros ataques, dió armas é influencia á sus adversarios para acusarle formalmente de magia cuando publicó su escrito: *Cómo se logra la vida celestial (De vita celestis comparanda)*.

Hay mágicos creyentes y devotos, y otros impíos; los primeros no pretenden sino ser favorecidos de Dios con una partícula de su poder divino, mientras los segundos niegan la existencia de Dios y pretenden revestirse ellos de una especie de divinidad; de suerte que Ficino, á haber querido ser mágico, habría sido uno de los primeros, es decir, devoto y creyente.

Creía tener una afinidad íntima con Dios, pero no la miraba como un privilegio suyo, sino que la tenía por común á todos los hombres, porque exclama: «¿Qué es nuestra alma sino una chispa del espíritu superior?» Por esto es la inmortalidad del alma el axioma principal de la filosofía de Ficino y se esfuerza en probar la exactitud de este principio de quince maneras diferentes, encaminadas á evidenciar la afinidad íntima del alma humana con Dios y su superioridad sobre el cuerpo, añadiendo que el hombre, agraciado con un alma inmortal, debe tener siempre presente su origen superior y esforzarse por llegar á la perfección, que el hombre ha sido creado bueno, y que á despecho de la corrupción y de los errores humanos, su alma, por un impulso superior y eterno, se eleva hacia el bien como hácia su verdadera patria.

Además del alma del hombre, admitía Ficino un alma terráquea, «el alma productora»; otra alma semejante á la anterior para cada uno de los doce signos zodiacales, y otras almas de que el mundo está lleno y que componen una alma universal que comprende doce almas principales, las del zodiaco, y cada una de estas innumerables almas secundarias, que derivadas todas de Dios constituyen un universo lleno de «dioses» ó «genios.» En cada constelación, dice Ficino, hay una estrella, que semejante al alma del hombre, rige el destino de la vida; así reina en el signo de Aries, Palas; en Tauro, Venus; en Géminis, Apolo, etc.

En su libro «Del Sol» (*De sole*) figuran naturalmente también los doce signos, que representan otras tantas «casas celestes», de las cuales seis son gobernadas por el sol y seis por la luna, teniendo cada una su don especial, que puede comunicar á los mortales ya por casualidad ya como recompensa de sus méritos. Un signo distribuye vida, riquezas, otro salud, este parientes, aquel dignidades, aquel otro religion y así sucesivamente, amigos, enemigos, fecundidad y esterilidad

del hombre y de la tierra, de modo que, según su posición, determinan la suerte del hombre. El sol es, según Ficino, el corazón del cielo y solo 160 veces mayor que la tierra.

Ficino, á pesar de su falta de conocimientos en historia natural, de su inclinación á la superstición y de su pseudosabiduría filosófica, no deja de ser pensador y á menudo se eleva hasta alturas serenas. Es digno precursor de los genios pensadores mas elevados de tiempos posteriores cuando define la naturaleza divina del hombre en estos términos: «El destello divino que penetra todo el universo, existe ya, pero no vive en la piedra, vive en las plantas; pero no resplandece en ellas, resplandece en los animales; pero no se refleja en ellos, ni vuelve desde ellos á su origen; solo en el hombre existe, vive, resplandece y se refleja.»

No se contenta Ficino con probar en su filosofía la relación que existe entre la criatura humana y los seres inferiores y superiores hasta el Sér Supremo, sino que determina con la misma doctrina los deberes del hombre para con sus semejantes, y en su consecuencia da preceptos de conducta que deben observar las personas según su posición social, edad y sexo. Habla de la ocupación del comerciante y del oficio del labrador, recomendando la sencillez y la honradez, recordando á todos que piensen en los astros, cuyo curso y posición determinan la fertilidad de los campos. También habla del gobierno y de la vida pública, recomendando el patriotismo como base de la sociedad y del Estado, el cual puede tomar varias formas, bien que considera como la única racional la monárquica, según el ideal de Platon; y en cuanto á las formas aristocrática y democrática, dice que son buenas, la primera, si aparta de sí los defectos y males de la oligarquía, y la segunda si prescinde de la influencia y dominación del populacho.

La influencia de Ficino sobre sus contemporáneos fué grandísima, y no solamente sus doctrinas sino también su método de enseñanza sirvieron durante largo tiempo de pauta, cosa tanto mas notable cuanto que Ficino solo enseñó privadamente, y sobre todo, por medio de sus escritos y cartas. Estas últimas, que forman 12 libros, desde 1474 hasta 1494, demuestran que mantenía relaciones en todos los países y también con los eruditos de Alemania, á los cuales hace justicia, alabando al propio tiempo la habilidad artística de los industriales alemanes.

Si sorprende la universalidad de este hombre tal como se ve en sus trabajos, sube de punto nuestra admiración al saber que emprendió en 1463 y concluyó en 1477 la tarea gigantesca de traducir todas las obras de Platon, además de publicar traducciones de obras sueltas de Plotino, Jámblico y Dionisio Areopagita. Escribió también sobre la música, su recreo favorito, y como fruto de los estudios de medicina hechos en su juventud, un manualito ó guía contra la peste, libro que tuvo muchas ediciones. Renovó con *elogios* la memoria de los grandes hombres de la antigüedad; escribió también el elogio de Dante; tradujo y publicó su tratado político: «La Monarquía», cuyas ideas hizo suyas, y finalmente, saludó con gran alegría la aparición del «Comentario de Dante», escrito para celebrar la memoria del gran poeta por su discípulo y amigo Cristóbal Landino, que nació el año 1434, y no como dicen algunos en 1424, y murió en 1504.

Landino no escribió, ni con mucho, tanto como su maestro y predecesor, ni tienen sus obras la importancia de las de este. Era discípulo de Carlos Marsuppini, cuya memoria honraba y respetaba, sin participar de su opinión religiosa, según lo manifestó en una larga epístola que dirigió á Pedro de Médicis. Era protegido favorito de Cosme de Médicis, al cual, lo mismo que á todos los miembros de esta ilustre

familia, ensalzó con entusiasmo, en prosa y en verso. Fué profesor de retórica y poética en la universidad de Florencia, en cuyo puesto contribuyó poderosamente á la formación intelectual de la nueva generación. Además era hombre de Estado, y desempeñó casi hasta los últimos años de su vida el cargo de secretario de Estado de la república, velando con igual escrupulosidad por la correcta y elegante redacción de los documentos oficiales que por el buen éxito de los negocios políticos.

Bajo la influencia de su posición política escribió su obra filosófica principal, que dedicó en 1472 á Federico de Urbino y que poco después fué dada á la estampa y publicada en cuatro tomos con el título de: «Conversaciones Camaldulenses», que viene á ser la reproducción libre del torneo de elocuencia que mencionamos antes y que se verificó en el año 1468. Es, pues, difícil determinar lo que pertenece á los oradores que hablaron en el torneo y lo que es de Landino. Empiezan estas discusiones con el tema antiqüísimo y jamás resuelto de la alternativa entre la acción y la pasión, entre el ser activo y el pasivo, entre la lucha y la contemplación. Landino, ó su orador, defiende el principio de Platon de que la abstención de todo comercio mundano es el camino mas seguro para llegar á la perfección humana, pero luego deja hablar á su contrincante, que enaltece el cumplimiento de los deberes del ciudadano, incompatibles con la vida rigidamente contemplativa, por cuya razón aconseja que se unan la actividad y la contemplación, con lo cual la existencia del hombre adquiere todas las condiciones de la perfección verdadera.

La parte práctica, que debería formar el eje de estas conversaciones, se pierde á menudo de vista, pero se encuentra mas manifiesta en los demás escritos de Landino; y cuando lamenta el abandono en que se tiene á la Roma antigua, se conoce por su lenguaje exagerado que dice lo que no siente. Al pronunciar discursos en latín, lo mismo que al poner á su colección de poesías latinas el título de *Xandra*, porque la dedicó á una amante imaginaria llamada Alejandra, no hizo mas que seguir la corriente de su época y pagarle su tributo, sin que entrase para nada el impulso de su convicción. Con estas obras alternaban los trabajos en que se manifestaba Landino como buen italiano moderno, y así tradujo al idioma vulgar la «Historia de Francisco Esforcia», publicada, en 1490, en idioma latino por Juan Simonetta, como una especie de protesta contra las obras históricas imitadas y plagadas de los antiguos. Del mismo modo, y como si quisiera protestar también contra sus propias cartas escritas en latín, publicó un manual ó formulario de cartas en italiano. En esta última obra se mostró ya innovador práctico; pero lo fué mucho mas cuando, en el año 1460, principió á dar conferencias sobre las obras de Petrarca, sin hacer caso del desprecio con que los eruditos de su tiempo miraban la poesía nacional italiana; y como remate de su propaganda innovadora, publicó, en 1481, un voluminoso comentario de Dante, obra de grandísima importancia para el estudio del famoso vate florentino y que por lo mismo hace imperecedero el nombre de su autor. Esta grande obra debe su fama á la explicación minuciosísima de las alegorías empleadas por Dante en sus escritos, porque por lo demás no se distingue el comentario por la sagacidad de la crítica ni por la enmienda de los pasajes defectuosos, bien que Landino se alaba en su obra de haber purificado y restablecido el texto expurgándole de las añadiduras bárbaras que se habían introducido en él, ni, finalmente, por el tacto delicado y sutil de descubrir y hacer resaltar sus bellezas poéticas, aunque habla mucho del origen divino de la poesía.

En su tentativa singular de descubrir en la Eneida, de

Virgilio, todas las ideas platónicas, no teniendo este poema evidentemente nada de alegórico, vió en Eneas al hombre extraviado que después de innumerables errores alcanza la salvación; cree hallar en Troya la alegoría de los goces sensuales, en los cuales se hunden los débiles que no pueden resistir á la tentación ni tienen fuerza para elevarse sobre el bajo nivel en que vegetan; y en Italia encuentra el símbolo de la virtud y de la bienaventuranza con que recompensa al hombre el amor divino por intercesión de Venus que representa la madre celestial del hombre. Por el mismo estilo, por supuesto, en el sentido cristiano-filosófico del poeta, explica Landino la Divina Comedia de Dante, desde el extravío en la selva, que para él es el cuerpo, que aprisiona al alma, hasta el encuentro con la divinidad, es decir, «la idea del sumo bien representado por la trinidad divina.» Las fieras que tratan de estorbar este encuentro son los vicios y defectos del hombre; la pantera figura los goces sensuales, la loba la codicia y el león la ambición. El guía, que es Virgilio, representa la filosofía moral y la ciencia de los gentiles, y el galgo que ha de presentarse como salvador, significa el Cristo, libertador de Italia y que juzgará al mundo.

Muy lejos de contentarse Landino en sus comentarios con estas generalidades, va mucho mas allá en su afán de encontrar alegorías y explicarlas; así vé en las tres bocas del Cerbero las tres necesidades corporales del hombre, comer, beber y dormir, y en las tres caras, cada una de un color especial, tres grandes vicios: en la cara colorada la ira, en la blanca la codicia ó la envidia, en la negra la pereza. En el oro y la plata de que por orden de Dios se proveyeron los judíos al salir de Egipto, vé nuestro comentador el oro de la sabiduría y la plata de la elocuencia.

No obstante estas imaginaciones y estos juegos de la fantasía, al parecer solo propios de un soñador apartado del mundo activo, tenía Landino su criterio propio y no lo ocultó. En política era güelfo, mientras Dante era gibelino; Landino era adversario del imperio de los alemanes y defensor del papado á todo trance y contra todos los ataques. Dante era todo lo contrario. Para Landino, César había sido el fundador del dominio y de las pretensiones de los emperadores y reyes, y por eso le condena llamándole bestia ferocísima. No se contenta tampoco con tratar de las cosas y personas de su tiempo, sino que pronostica alteraciones que han de ocurrir en lo futuro; y teniendo entera fe en la ciencia astrológica, fe que también imputa á Dante, dice saber que la conjunción de Saturno y Júpiter en Escorpio, el 25 de noviembre de 1484, anunciará una modificación religiosa ó mejor dicho, «la marcha progresiva de la república cristiana hácia una vida y gobierno mejores.» Por «república cristiana» no entendiera Landino la reunión ideal de todos los fieles, que en ningún tiempo ni en ningún país había existido, sino un Estado real y efectivo, la Roma papal, cuyos defectos no disimulaba á pesar del respeto que le merecía el poder espiritual del papa.

CAPITULO VII

LOS PAPAS PROTECTORES DE LAS ARTES Y LETRAS

Entre los miembros del concilio de unión de Florencia figuró Tomás Parentucelli, que había nacido en Pisa el año 1398. Su padre era cirujano y originario de Sarzana, y el hijo, pobre como él, pero docto y erudito como el primero, fué sucesivamente maestro de escuela, secretario y bibliotecario, luego cardenal, arzobispo y finalmente papa. En todas las posiciones que ocupó, humildes y elevadas, pobres y ricas, los estudios fueron su ocupación y su alegría, y la